

el terror de los unos y el defensor de los otros. *Nunc terror, nunc vindex.* Los diversos intereses de la Iglesia le darán á conocer, y arreglará la determinacion que deba tomar.

El Arzobispo de Sens se preocupa. La preocupacion le encamina á la injusticia, la injusticia degenera en furor. *Bernardo* condena inmediatamente, y sin disfraz á aquel furioso prelado. ¡Deleytarse un prelado con la turbulencia y la confusion! ¡Sacrificar la amistad y la Religion por el odio y el interés! ¡O escándalo abominable, exclama *Bernardo!* Este es un prelado indigno de serlo: la Iglesia debe interesarse en su castigo. Ved aquí el censor juicioso. *Nunc terror.*

Mas por otra parte embistió la calumnia á un virtuoso é irreprehensible pontífice. *Othon*, obispo de Troyes, combatió y destruyó el vicio. Confundido este, arma vengadores. Roma se ve llena de quejas y de murmuraciones. Unos testigos sobornados suponen crímenes que no hay; y unos jueces interesados condenan al pretendido delinquente. *Bernardo* marcha inmediatamente á Roma; y como un panegirista eloquente del perseguido obispo, hace triunfar la inocencia. Aquellos que se lisonjeaban de perder á su enemigo, se pierden á sí mismos. Ved aquí el firme apoyo del episcopado. *Nunc vindex.*

Gerardo, obispo de Angulema, como espíritu ambicioso, político y vindicativo, se levanta contra Roma, corrompe á los pueblos y oprime á la clerecia. *Bernardo* solo creta de-

deber á aquel pontífice, que no sabia respetarse á sí mismo, unas leves atenciones; inmediatamente solicita y suplica por él con eficacia: ¿se irrita el espíritu del error con estos obstáculos? Rues *Bernardo* emprende amenazarle y horrorizarle: tiembla, dice, desgraciado pontífice rebelde: el último día de tu vida va á descubrir muy en breve el último de tus delitos. Llega la hora señalada, se cumple el vaticinio y cae la victima: ved ahí el rayo que extermina el vicio. *Nunc terror.*

Además de esto, cuántos cuidados y cuántos trabajos se le multiplican á *Bernardo* por sostener á *Aluise*, obispo de Arras (1), contra los intentos de un mal clérigo subalterno? ¿Qué sabiduría para hacer conocer al soberano pontífice la calumnia entre la verdad? Por él se descubre la mentira y tiene defensores la justicia: ved aquí el hombre que obliga, si me es permitido hablar así, á que el Universo haga al episcopado los honores que se merece. *Nunc vindex.*

Y á confesare yo, que es un gran mérito en *Bernardo* el prescribir leyes á aquella potestad que solo las recibe del cielo. A la verdad que él es un trono augusto de donde emanan los oráculos que el Universo reverencia con razon sumisa; pero donde las pretensiones no son siempre de un mismo modo respetables, es menester distinguirlas de los derechos. Y á tí trono superior en

(1) *Bern. Epist. 327.*

el gobierno espiritual á todos los del Mundo! ¿quién será el mortal que se atreva á hacerte oír el lenguaje de la libertad evangélica? *Bernardo*: los únicos: los únicos: los únicos.

No presumamos que su zelo es capaz de apartarse de la entera sumisión que debe al Vicario del Jesu-Christo. Un zelo indiscreto siempre es reprehensible. La Tierra no le impide á *Bernardo* el hacerlo: este dirige sus instrucciones á la cabeza de la Iglesia, pero salen de una sabiduría reflexiva y penetrante. Tienen su origen en una autoridad que el mismo sumo pontífice ha concedido. Se sabe que en aquel pontífice observaba respetuosamente *Bernardo* tanto á su padre, como á su hijo. Si la cabeza de la Iglesia hace desaparecer á los ojos del Universo al discípulo de Claraval, siempre es preciso este último título al reconocimiento de Eugenio. Infruido éste en la escuela de *Bernardo*, siempre se delectará de nuevo en recibir de él los consejos, las lecciones, y hasta las reprehensiones mismas. Este es el privilegio de un santo. No te valgas tú, ciego error, de este privilegio: solo es para *Bernardo*. La conducta de este por lo que hace á Eugenio III. nunca justificará la de Lutero por lo que corresponde á Leon X.

Acordáos además, hermanos míos, que siempre fué *Bernardo* ya el hijo más dócil, ya el más ardiente defensor de la Iglesia; *Ecclesia fulcimentum*: acordáos también que salió mil veces de su querida soledad para animar á los pueblos, á los obispos, á los cardenales, y á los

los reyes, y para respetar al primero de los pontífices. Si las cenizas de *Bernardo* pudieran animarse, os repetirían lo que en otro tiempo decia á las ciudades, á las provincias, y á los reynos: resistir á aquella suprema potestad en el gobierno de las almas, es resistirse al mismo Jesu-Christo: (1).

Era necesario, christianos oyentes, daros esta favorable idea de *Bernardo*, para hacer os conocer el espíritu con que dirigió al papa Eugenio el admirable libro de la consideración. Libro inmortal por cierto! Era preciso una lengua más eloqüente que la mía para manifestaros el plan de su debido mérito. Allí sabe *Bernardo*, por medio de una prudencia consumada, reunir el elogio y la instrucción: allí, con un golpe delicado é ingenioso, ensalza las prerogativas inalienables del estado sin disminuir las austeras obligaciones que exige: allí se ve, que, como panegirista sin adulación y crítico sin acrimonia, no indica al soberano pontífice los exemplos que debe al Mundo christiano, sino despues de haberle hecho ver la obediencia que el Mundo christiano le debe (2). Tú eres, le dice, la gloria del sacerdocio: nos manifestas la primacia de Abel, el orden de Melchisedec, la dignidad de Aaron, la judicatura de Samuel, el poder de Pedro, y la unción de Jesu-Christo. Tales son tus títulos, y tales

(1) Bern. Epist. 131.

(2) Bern. lib. 4. de Consider. ad Eug. Pont. Max.

tus prerogativas. Esto es lo que el Universo respeta en tí: esto lo que espera. Pero reconoce tus obligaciones: hacértelas conocer, es hacer que te conozcas, y obligarte á que las cumplas. Tú eres hombre sobre los demas hombres. No te hagan olvidar jamas los pomposos faustos que te rodean que eres el apoyo de la justicia, la imagen de la piedad y el defensor de la fe. Como sucesor de los apóstoles, debes hacer revivir su noble simplicidad. Tu regla es el Evangelio, Pedro tu modelo. Piensa que eres sucesor de este y no de Constantino. De este modo al paso que eres el primero de los pontífices por la superioridad de tu empleo, lo serás tambien por la superioridad de tus virtudes.

La autoridad que ejerce *Bernardo* sobre los príncipes de la Iglesia, la ejerce tambien sobre los de la tierra. ¡O admirable y singular circunstancia la de reprehender un vasallo á sus soberanos! Ella es la que justamente le concede el título de hombre único, sobre el qual he pensado yo fundar todo el elogio de *Bernardo* en esta segunda parte. *Unicus, multiplex.*

Yo no sé por que fatalidad viene á ser muchas veces el trono de los reyes una muralla inaccesible á la verdad. Los dueños del Universo están acostumbrados á que se les aplauda hasta la embriaguez vergonzosa de las mas viles pasiones. Casi extrangera en las cortes, duda la libertad evangélica producirse en ellas sin el socorro de las atenciones. ¡Suerte fatal de los príncipes la de

encontrar rara vez en el zelo de un apóstol, incapaz de fingimiento, un contrapeso á las tentaciones siempre vivas que ruedan al rededor del trono! Este apóstol tan pocas veces visto en la corte le encontrará en *Bernardo*.

Este santo, pues, se atreverá á anunciar el Evangelio en toda su severidad á las magestades de la tierra: el arte detestable de fingir, es un arte que él ignora: aquella terrible palabra que temen los grandes el oirla, y muchas veces perjudica el predicarla, se la intima *Bernardo*: instruios, *erudimini* (1), instruios, les dice este á los príncipes de su tiempo, y tanto á los extrangeros quanto á aquellos de quienes es vasallo.

Luis el Gordo formaba las delicias de su pueblo por su dulzura y bondad: su piedad se hallaba exenta de la hipocresia, y su política consistia en no conocerla: tan sabio como valiente, no temia los peligros: sabia acometerlos sin temeridad. Pero ¿si lo diré yo? Todas aquellas qualidades se habian obscurecido en él por medio de unas horribles tinieblas. Usurpador de los bienes consagrados al santuario, juzga con demasiado rigor de dos prelados, cuya penitencia solamente fué la causa de su desgracia: olvidando igualmente aquel monarca lo que debia á la Iglesia y lo que se debia á sí mismo.

Bernardo le atrae con respeto á las primitivas leyes del trono que trastorna. La Iglesia,

H 4

(1) Ps. 2. v. 10.

sia, le dice, reclama sus derechos y tu justicia: á tí mismo se queja de tí: tú debes ser su apoyo. Y ¿podrás llegar á ser su enemigo? ¿Te resistes? ¡O dueño y señor mio! ¡O rey mio! Perdona á tu vasallo. Este no tiene que presentaros sino exemplos de terror (1). No se le escapó tampoco á Bernardo la memoria de lo venidero: advierte, le decía, en la persona de tu hijo la venganza del cielo que te amenaza. Felipe, heredero de la corona y esperanza de tu reyno, morirá. El es un Dios: temed sus amenazas.

Erudimini.

Aquel que habla sin ficcion á su soberano príncipe, ¿no lo hará mas bien con los que sean sus amigos? Mucho tiempo hacia que la amistad habia unido á Bernardo con Thibaud, conde de Champaña. Este príncipe abandonó el luxo de la corte en vista de los consejos del Abad de Claraval, y llegó á ser un exemplo de zelo y de piedad. Pero ¡ah! ¿De qué no es capaz un malvado interés? Bernardo advertía en su amigo los abominables procederes de un riguroso exáctor. La amistad le concedia muchos derechos de quienes felizmente se sabia aprovechar (2). Le hacia ver, que si insistia en retener los bienes que no le pertenecian podia quitarle Dios aquellos que le correspondiesen. Inútiles demostraciones. El conde todo lo pro-

(1) Bern. *Epist. ad Lud. Groff. Gall. Reg.*

(2) Bern. *Epist. 37. 38. 39. ad Theobald. Camp. Comit.*

mete y nada cumple. Hace Bernardo nuevas tentativas. Yo, le dice, temo ofenderte con un zelo importuno; pero temo mucho mas ofender á Dios con un criminal disimulo: aunque otros príncipes sorprenden la credulidad de sus vasallos con engañosas promesas, bien sé que para tí una promesa es un juramento, y una mentira un perjurio. Los príncipes deben imitar al Dios de la verdad de quien ellos son la imágen. *Erudimini.*

El mismo zelo que empeña á Bernardo en condenar los vicios del padre, le determina á reglar la conducta del hijo. Todo quanto el ministerio evangélico puede emplear con la dignidad y la fuerza, lo emplea Bernardo en persuadir al conde Henrique, á quien Dios ha puesto en la tierra sobre los demas hombres para que sea el terror de la iniquidad, el remunerador de la virtud y el padre de los desgraciados; siendo indigno de su estado, como él le decía, no llenar tales obligaciones (1).

¿Quién se atrevió jamas á faltar con tanto descaro á estos deberes como el desgraciado Duque de Anjou? Altivo y soberbio, se le figuraba que su nacimiento le concedia el privilegio de no tomar consejo mas que de sus preocupaciones y pasiones desarregladas. Amenazábanle las excomuniones de la Iglesia; pero él las menospreciaba acarreándose con esto un detestable honor. ¡O príncipe,

(1) Bern. *Epist. 379.*

le dice *Bernardo*! ¿Cuál es la seguridad que tienes? Tú lo puedes todo y te atreves con todo. Pero aquel por quien reynan los reyes, les advierte tambien que no son mas que polvo. Son un triste escollo donde viene á estrellarse toda grandeza, y, en fin, la muerte, que es la que tú no tardarás en experimentar.

¿Y por lo que hace á tí, imperioso Duque de Aquitania? Tú que eres la cabeza, el apoyo y el recurso de una espantosa heregia: tú aprenderás de *Bernardo*, no á morir, sino á avergonzarte de tu depravada vida. El te trazará el quádro á cuya vista te estremecerás: por él conocerás, que los vicios de los príncipes juntan á sí aquel veneno sutil que se comunica con demasiada rapidez, é impide dificultosamente que ellos solo se pierdan.

Nunca hubo soberano mas á propósito para perder sus vasallos y deshonorar al trono que Rogél rey de Sicilia. Este monarca creía, como otro Absalon, encaminarse á la victoria, y por ella perpetuar un cisma, del qual se declaró protector. ¿Qué cosa habrá que detenga su curso impetuoso? Se le presenta *Bernardo*, y le asegura, que el cielo no protegerá proyectos iníquos: sin embargo, le dice, del ardor que infundes á tus numerosas tropas, no triunfarás: desde luego te profetizo tu derrota: puede que ella sea el motivo de tu arrepentimiento.

En todas ocasiones será *Bernardo* el mismo, porque siempre le animan los propios mo-

motivos: esto es, la gloria de la Religion, la paz de los impérios y la felicidad del Universo: parece que tiene en sus manos el corazón de todos los potentados.

Sin salir de este reyno, hermanos míos, se os ofrece un memorable exemplo de esta verdad: *Bernardo* renueva en la corte de Luis el Joven la imágen de un Natan en la de David. Luis el Joven era atrevido en sus empresas; pero muchas veces desgraciado porque eran injustas, sostenidas con poca firmeza y nunca conducidas con prudencia: armó aquel legítimo monarca contra el conde de Champaña, no sabe contenerse dentro de aquellos límites que la moderación prescribe á todos los hombres, y con especialidad á los príncipes. Conducido por las alas de la victoria, se adelanta hasta Vitry. ¡O Vitry!; Nombre fatal para su gloria y para su religion! Yo quisiera, señores, apartar de vosotros el horror que causa esta sangrienta expedicion: quisiera dulcificar la relacion de las vexaciones mas indignas, y no hacer memoria en la cátedra de la verdad de muchísimas víctimas inmoladas, muchos templos violados, muchos altares destruidos, muchas vírgenes llenas de temor y arrancadas del santuario entregadas á la violencia de la desenfrenada tropa: La inhumanidad, el sacrilegio y la muerte son objetos que debe conservar la historia fiel, y borrar su desgraciado recuerdo la eloqüencia sagrada.

¡O Dios de los exércitos! ¡quán terribles son vuestras venganzas quando os persuade
la

la adulacion, que defiende vuestra autoridad la venganza, y la declara como una gloriosa obligacion! ¿Pues qué? ¿acaso estará siempre á los pies del trono cautivada y enmudecida la verdad? ¡O Bernardo! Bernardo, señores, lleva hasta él los anatemas de la Religion menospreciada. Asegura á Luis, que no era digno de la victoria, supuesto que no sabia perdonar: hasta en el corazon del monarca se abre un llano y anchuroso camino. Le hace oír la lastimosa voz de una sangre derramada por una excesiva crueldad. Yo te hablo, le dice con un valor inexplicable, de tu delito, porque con razon temo tu salvacion: *Acriter laquor, acriter timeo* (1). Exhortó Bernardo al monarca y este reflexiona. Insiste aquel y este se muda (2). Admirada la Francia, respeta un nuevo Ambrosio en el primero: edificada, admira un nuevo Teodosio en el segundo.

Era menester, christianos oyentes, nombrar á todos los potentados de la Europa para hacerlo de todos los príncipes de quienes era Bernardo el consejero, la guia y el oráculo. Pero se reducen aun á ménos palabras su zelo y vuestras atenciones. El Mundo entero es el teatro en donde le conceden sus virtudes el derecho de prescribir leyes. *Spiritus unicus, multiplex*.

No hay mal mas funesto que un cisma de quantos puede temer la Iglesia. Al represen-

(1) Bern. Epist. ad Laud. junior. Gall. Reg.

(2) Bern. Epist. ad Lud. Reg. Franc.

tarseme, pues, semejante desgracia, como que veo vacilar al mundo christiano en una peligrosa incertidumbre. Dos pretendientes á la Tiara dividen los pueblos, separan á la clerecía, gañan á las potestades y esparcen por toda la Europa las primeras llamas de un fuego que no se podría extinguir sino con arroyos de sangre.

El virtuoso y tierno Inocencio II. fué colocado sobre el trono de San Pedro, sin artificio y sin maquinacion alguna. Al mismo tiempo se removía al ambicioso Anacleto, que se mantenía en él por medio de las intrigas de la política. Ambos promulgaban leyes, aunque con mas razon el uno que buen suceso el otro. El legítimo Pontífice tiene su apoyo en el desinterés, pero débil: el usurpador en sus alogistas mercenarios, pero poderosos. Inocencio II. tiene de su parte á la Iglesia, á sus virtudes y á las persecuciones: al soberbio Anacleto favorecen sus pretensiones el crédito, la rebelion y la violencia. Puesto el mérito de una parte y las pasiones de otra, arman á Roma contra Roma, y á la Iglesia contra la Iglesia. Mas ¿á quién será concedido consolidar la paz en el mundo, turbada por una detestable faccion? Esa será la obra y la gloria de Bernardo. Será el oráculo á quien la Iglesia se apresure á consultar. *Religionis arbiter*. Que sentencie, y se verá que el Pontífice á quien nombre será al que todo el Mundo reconozca y se someta. Estampes fue la ciudad en donde los preladós y los príncipes juntos formaron un con-

cilio, en el que confiaron á la prudencia de *Bernardo* los intereses de la Religión. Decide éste, y se coloca la tiara en las sienas de Inocencio.

Sube, ó Pontífice escogido por Dios, sube al trono de la Iglesia. En vano agotarán los diques de su inmenso crédito, aquella infinidad de seducciones que te se oponian; en vano se esforzarán para cautivar los corazones por medio de un desmedido interés. *Bernardo* sabrá consolidar la obra del Señor; someterá á la Francia sin obstáculos; á la Alemania á pesar de sus pretextos; á la Inglaterra á pesar de sus relaciones; y á la Sicilia la obligará por un brillante prodigio, aterrará al Duque de Guyena, y confundirá á toda la Aquitania con un golpe atrevido, mas resplandeciente aún que un verdadero milagro (1). Persuadirá á Roma y á toda la Italia con el encanto vencedor de la eloquencia. Se confunde el orgullo, respira la Iglesia y Anacleto perece. Victor le sucede, pero muy en breve se pone á los pies de Inocencio y ofrece la autoridad usurpada. Disipase la nube, apaciguase la tempestad y aparece el sosiego. Ya no hay mas que un solo rebaño, y un solo pastor. A *Bernardo*, á *Bernardo* solo es á quien Inocencio debe su corona, la Iglesia su cabeza y el Universo su tranquilidad. Un hombre solo es el árbitro á quien se confía la suerte de la Religión, y por quien ella triunfa. *Religionis arbiter.*

(1) Con la sagrada Hóstia en las manos.

A aquellos mismos príncipes á quienes acaba *Bernardo* de unir entre sí mismos, forma el ánimo de unirles contra los enemigos del Christianismo. ¿Quién de vosotros ignora la causa de las guerras santas, y toda la fuerza que contra *Bernardo* se conjuró? Es tal la injusticia de nuestro siglo que no duda en decidir con sus vagos clamores, que la conducta de *Bernardo* no es susceptible de una apología. ¿De una apología? ¿Pues acaso *Bernardo* tiene necesidad de ella? Conoce su tiempo y advertireis fácilmente, que los pretendidos temerarios pasos de *Bernardo* y su zelo, indeciblemente acusado de indiscreto, son dignos de alabanza.

¿Necesito yo acaso hacer ver la deplorable situación en que entónces se hallaba la Iglesia de Oriente? ¡Ah! Que ya habia llegado aquel dichoso tiempo en que humillados los Sarracenos, veían multiplicar á los christianos sus rápidas conquistas, y extender su formidable poder en la Palestina. El mas terrible poder decae y se arruina quando no está sostenido por la union y por la concordia. A vista de las turbaciones que dividian á los príncipes christianos, se apresuraban los infieles para reparar sus pérdidas. A su frente marchaba el Sultan de Aleppo, guerrero, atrevido, político, sabio, héroe y conquistador. Cada dia caian baxo de sus armas victoriosas las mas importantes plazas. Con sus conquistas habia hecho perder la Religión al Conde de Anjou, que era su apoyo y su defensor. Un monarca jóven y
sin

sin experiencia, qual era Balduino III. acababa de subir al trono de Jerusalem. El Mahometismo triunfaba en el tiempo mismo en que debiera prometerse su ruina.

Esta pintura, señores, es verdaderamente fiel: si os interesa debéis empezar advirtiendo, cuán fundado es el zelo con que *Bernardo* anima á los príncipes christianos para excitarles á que vayan sin dilacion á socorrer la Religión oprimida. A estos motivos tan poderosos se podrian añadir tambien los tiernos convites y amonestaciones del rey de Jerusalem, las reiteradas súplicas de los reyes de Antioquia, las respetables órdenes del soberano Pontífice, los ardientes deseos de Luis el Joven, y el apresurado y piadoso zelo del Emperador Conrado. Tales eran en aquel tiempo las autoridades que obligaban á *Bernardo* á hablar y discurrir. Medita, habla y persuade por sus virtudes y milagros: por sus milagros da á conocer á la Francia la voluntad del cielo. Armase este reyno, y le imita Alemania. ¡O gran Dios! Favoreced un zelo que no tiene otro objeto que el de vuestra gloria. Y vosotros, héroes magnánimos que peleais baxo los estandartes de la fe, estad firmemente persuadidos, que si vuestras armas deben de aterrar á los enemigos del Christianismo, vuestras virtudes les deben confundir.

Ya resplandecen los prodigios de valor: el paso por las aguas del Meandro da á conocer la intrepidez de los Franceses, espasme el terror entre los Sarracenos, y justifica

las esperanzas de la Religión: todo aplaude la sabia conducta de *Bernardo*: él es el profeta de su siglo, y aun lo seria á vuestra vista; pretendidos espíritus fuertes, si hubiesen coronado su obra algunos sostenidos sucesos. Pero ¡ó impenetrables juicios de la Providencia! Aún combate Israel, é Israel es vencido. Al presente juzgarémos á *Bernardo*, no como el motivo de la empresa, y sino como el trágico fin del acontecimiento. Acaso, pues, dirá alguno, ¿son éstos aquellos brillantes sucesos con que habia lisonjeado al mundo christiano? ¡Mundo injusto! suspende, suspende tus inconsideradas murmuraciones. *Bernardo* animó á los pueblos al combate: estas era su obligacion: facultades tenia para ello. Pero ¿habia prometido la victoria á los combatientes? Tú eres el que se la aseguras, mundo profano: yo lo creo. Mas aun quando él los hubiese con seguridad ofrecido el suceso, le ofrecería porque creyese que armados los pueblos por la Religión, estaban obligados á hacerlo, y eran por consiguiente dignos de la victoria. ¿Por qué se le ha de hacer responsable de un desgraciado acontecimiento que jamas se hubiera verificado si se hubiese consultado á su prudencia, seguido sus consejos, é imitado sus virtudes? ¡Acusémosle, acusémosle mas bien á la perfidia de los aliados, á la poca inteligencia de las armadas, á la temeridad de los generales, á la floxedad del soldado, y á las abominaciones de los christianos: esta sí que fué la única causa de nuestros males, y esta

será siempre una completa justificación para *Bernardo*. La falta de nuestros antepasados no es suya, ni suyos son tampoco sus crímenes. Pero ¿qué digo yo? ¿Acaso no defenderán ellos siempre su conducta y su gloria?

La de nuestro santo sale mas resplandeciente desde el seno de sus pretendidas humillaciones: se sostiene hasta en la obscuridad de su sepulcro. Y ya, hermanos míos, que he mentado el sepulcro de *Bernardo*, permitidme, despues de haber referido una vida tan preciosa, detener vuestra consideracion por un momento sobre un objeto lúgubre. A apagarse va el fuego de la Iglesia Galicana; pero sobre el lecho de la muerte aun atrae el zelo vivo y dichosamente inquieto de *Bernardo* sus fugitivas fuerzas: para asegurar defensores á la Religion: sus ojos, á quienes casi ha cerrado ya la muerte, se abren aún á vista del deplorable estado de la Iglesia turbada por los cismas, atacada por la heregía, abandonada por los christianos y acometida por los infieles: aun le falta una moribunda mirada, qual es la de dexar á da fe sin manchas, á los christianos sin vicios y á la Iglesia sin enemigos: ¡Oh! exclamaba él: ¡Quién me lograra la dicha de ver renacer las heróycas virtudes del antiguo christianismo! *Quis mihi dabit videre pristinos Ecclesie dies!* Sí, Dios mio, yo las quisiera ver y morir: Así lo dixo, y espiró.

Espiró aquel hombre único, tanto por los singulares rasgos que caracterizan su santi-

dad, quanto por la autoridad universal á que por esta misma es acreedor. *Spiritus intelligentia, sanctus, unicus, multiplex*. Espiró aquel hombre sabio sin estudio, apóstol solitario, penitente y justo. ¡Ah christianos! ¡ cuántas virtudes se ofrecen á vuestra imitacion!

Sabios del mundo, aprended de *Bernardo*, que la oracion es la fuente de la verdadera ciencia. Es su doctrina.

Hombres apostólicos, aprended de *Bernardo*, que debeis siempre hacer de vuestro corazon una verdadera soledad. Esta fué su conducta.

Christianos, qualesquiera que seais, aprended de *Bernardo*, que la penitencia debe ser vuestra herencia y vuestros únicos bienes. Esta era su máxima.

Sobre ella fué sobre quien constantemente se arregló la santidad de *Bernardo*. Santidad recompensada en la tierra por la autoridad que gozó sobre los pastores, sobre los monarcas y sobre el mundo entero. Santidad recompensada en el cielo, hermanos míos, en donde os espera la misma corona, si, como *Bernardo*, la sabeis merecer. Así sea.